

CAPITULO LXIII.

Vasallaje de los mexicanos.



ocos dias despues se celebró con gran pompa la reunion anunciada por Moctezuma en el capítulo anterior, y á ella concurrieron los príncipes de su casa, reyes de ciudades vecinas, sus consejeros y ministros, los grandes sacerdotes y las personas más importantes de la nobleza.

Hernan Cortés y sus capitanes fueron tambien convidados para asistir á esta solemne reunion.

Moctezuma fué el primero que habló, y con gran elocuencia refirió el origen del imperio mexicano, la expedicion de los nabalacas, las hazañas prodigiosas de Quetzalcoal, su primer emperador, y lo que dejó profetizado cuando se apartó á las conquistas del Oriente, previniendo con impulso del cielo que habian de volver á reinar en aquella tierra sus descendientes.

Tocó despues como punto indubitable, que el rey de los españoles, que dominaba en aquellas regiones orientales, era legítimo sucesor del mismo Quetzalcoal, y añadió, que siendo el monarca de quien habia de proceder aquel príncipe tan deseado entre los mexicanos y tan prometido en los oráculos y profecías, que veneraba su nacion, debian todos reconocer en su persona este derecho hereditario, dando á su sangre lo que á falta de ella se introdujo en eleccion; que si hubiera venido entónces personalmente, como envió sus embajadrces, era tan amigo de la razon y amaba tanto á sus vasallos, que por su mayor felicidad seria el primero en desnudarse de la dignidad que poseia,

rindiendo à sus piés la corona, fuese para dejarla en sus sienes, ó para recibirla de su mano.

Pero que debiendo á los dioses la buena fortuna de que hubiera llegado en su tiempo noticia tan deseada, queria ser el primero en manifestar la prontitud de su ánimo, y habia discurrecido en ofrecerle desde luego su obediencia y hacerle algun servicio considerable, á cuyo fin tenia destinada las joyas más preciosas de su tesoro, y queria que sus nobles le imitasen, no solo en hacer el mismo reconocimiento, sino en acompañarle con alguna contribucion de sus riquezas para que siendo mayor el servicio, llegase más decoroso á los ojos de aquel príncipe.

Tanto se conmovió y su emocion se propagó de tal manera á los circunstantes, que Cortés los animó á todos, diciendo:

—No creais que el ánimo del monarca á quien sirvo es despojar á Moctezuma de su dignidad.

No introduciré alteracion alguna en sus dominios, porque lo único que deseo es que se declare el derecho que tiene el rey á ser descendiente del gran Quetzalcoal.

Pero aun despues de reconocido, vive tan léjos de estas tierras y le ocupan conquistas tan importantes, que aun pasarán muchos años ántes de que pueda venir á tomar posesion de su herencia.

Guacolando, que asistia á la junta, declaró en nombre de todos, que reconociendo y respetando como á rey y señor natural á Moctezuma, estaban todos prontos á obedecer sus órdenes, porque no dudaban que cuando disponia de su imperio de aquel modo, bien consultado lo tendria con el cielo.

El príncipe de Iztacpalapa añadió:

—En la voz del emperador debemos ver interpretada la voluntad de los dioses.

Todos asintieron, y Hernan Cortés dió expresivas gracias al emperador y á sus vasallos por lo que habian acordado, aceptando el derecho que Moctezuma reconocia á favor de Carlos V.

Desde aquel momento quedó reconocido el rey de España como legítimo poseedor del imperio de México.

Pero Moctezuma insistió en que los españoles tornasen á participarle tan fausta nueva.

Cuando quedaron solos Moctezuma y Hernan Cortés, mandó aquel á sus servidores que entregasen á su huésped el rico presente que ofrecia al rey de España.

Consistian los objetos regalados, en joyas de oro y pedrería, en figuras de aves y pescados del mismo metal, en crecidas cantidades de malmites, piedra muy semejante á la esmeralda, en pinturas y en multitud de adornos y de objetos curiosos y de valor para los mexicanos.

Los nobles, imitando á Moctezuma, fueron uno á uno llevando el regalo que le hacian, consistentes casi todos en piezas de oro.

Hernan Cortés nombró al contador y al tesorero para que formasen el inventario de aquellos objetos.

Despues de conservar aparte las joyas y las obras artísticas de oro, se fundieron los demas objetos de este metal, y fueron reducidos á barras seiscientos mil pesos, de cuya cantidad aparto el quinto para el rey, otro quinto para él, y con el resto atendió á las necesidades del ejército.

De igual modo separó de aquella cantidad lo que debia á Diego de Velazquez y lo que adeudaba á sus amigos de Cuba por lo que habian adelantado para su empresa.

Ocho dias trascurrieron en estas operaciones, y al cabo de ellos Moctezuma insistió de nuevo en rogar á Cortés que abandonase á México.

—Ved, le dijo, que habiendo cesado todos los motivos ó pretextos de vuestra detencion, y habiendo conseguido de nuestra parte tan favorables resultados, si permanecéis aquí más tiempo presumirán mis vasallos que abrigais intentos ambiciosos, y no sabré qué contestar á sus reclamaciones.

No agradaron á Hernan Cortés estas palabras, y estuvo á punto de contestar á ellas con bastante acritud.

Pero reflexionó, excusándose en estos términos:

—Abreviaré el viaje todo lo que pueda; pero para llevarle á cabo con más rapidez necesito embarcaciones á propósito para la larga navegacion que he de emprender.

Dadme vuestra licencia para fabricar esas naves, y partiré enseguida.

Moctezuma accedió á este deseo, y dió las órdenes oportunas para que todos los operarios hábiles de la ciudad cooperasen á la pronta terminacion de las naves.

No queria Hernan Cortés abandonar á México sin tener ántes noticias de los dos emisarios que envió á España, Francisco de Montejo y Alonso Hernandez Portocarrero; y por lo tanto, dió órdenes secretas á los españoles que debian contribuir á la fabricacion de los buques para que la retardasen, á fin de permanecer más tiempo de lo que deseaba Moctezuma en México.

No siempre la suerte habia de mostrarse propicia á Hernan Cortés.

A los dos ó tres dias de su última conversacion con Moctezuma, le llamó éste precipitadamente.

—Todo está ya dispuesto para vuestra marcha, le dijo.

—¿Cómo? preguntó Hernan Cortés disgustado.

—Acabo de recibir un mensaje de Zempoala, y los pintores de mi ejército me han enviado, como ellos acostumbran, estas noticias, favorables á vuestros deseos y á los míos.

Al decir esto le mostró unas cuantas láminas, en las que los pintores mexicanos habian copiado unos cuantos navíos españoles.

—Estos navíos, añadió Moctezuma, acaban de llegar á la costa; son de vuestra nacion, y por lo tanto vienen á buscaros.

Cortés no pudo ménos de asombrarse al fijar sus ojos en aquellas pinturas.

Al pronto se alegró, porque creyó que las embarcaciones vendrían mandadas por sus agentes Montejo y Portocarrero.

Pero observando atentamente aquellos buques, y escuchando la voz del presentimiento:

—¿Quién sabe si esa escuadra es un ejército que envía contra mí Diego de Velazquez?

—¿Qué es lo que resolvéis? preguntó el emperador.

—Partir inmediatamente, dijo Hernan Cortés. Pero antes aguardaré el aviso que por fuerza han de enviarme los españoles que están en Veracruz, con cuyo motivo sabré cuál es el objeto que ha traído esos navíos á las costas de México.

Al día siguiente recibió un pliego de Gonzalo de Sandoval, en el que el nuevo gobernador de Veracruz le anunciaba que habían llegado ochocientos españoles con orden de Diego de Velazquez para apoderarse de Hernan Cortés.

Esta noticia fué el mayor contratiempo que hasta entonces había experimentado.

Por otra parte, Moctezuma hacia los mayores esfuerzos para alejarle de allí.

Si se alejaba, perdía todo lo ganado y tenía que luchar contra los mismos españoles, dando un ejemplo para el porvenir de la conquista, no ya de los mexicanos, sino hasta de los mismos habitantes de Zempoala, sus primitivos aliados.

La escuadra que llegaba en busca de Hernan Cortés era la que mandaba Pánfilo de Narvaez.

Por un momento llegó á perder el ánimo el bizarro caudillo.

Sin dar cuenta á nadie de lo que le pasaba, despachó á los emisarios de Sandoval con orden para el jefe de las fuerzas de que disponía en Veracruz, y corrió á buscar en la soledad la inspiración que necesitaba para resolver aquel conflicto.

CAPITULO LXIV.

Un trance apurado.

No abrigaba duda alguna Hernan Cortés respecto á la conducta que debería observar en aquella ocasion.

Resuelto estaba de antemano á perder la vida en la demanda, y buena prueba de ello era el heroico acto que había llevado á cabo barrenando las naves para no poder salir de México sin los laureles de la victoria.

Pero aun cuando estuviese completamente determinado á jugar el todo por el todo, no podía ménos de experimentar un profundo pesar al ver que las conquistas que la Providencia le había proporcionado con tanta generosidad, iban á malograrse por el espíritu mezquino de venganza de Diego de Velazquez.

En efecto; ¿qué fuerza tendría á los ojos de los mexicanos el que hasta entonces había pasado ante ellos por un sér inmortal, en el momento en que le vieran luchar brazo á brazo con sus propios hermanos?

Y si esto sucedía, el desprestigio podía ser la anulacion de todos los triunfos que hasta entonces había alcanzado.

No se ocultaban á Hernan Cortés las maquinaciones de los enemigos de Moctezuma para alejar de su lado á los españoles, seguro como estaba de que despues de haberse presentado tan débil á sus vasallos, fácilmente podría demostrarle que su actitud obedecía al deseo de que no se dividiese el imperio.

Renunciar á la conquista de tan vasto territorio, era una solución que por nada del mundo aceptaba Hernan Cortés.

—Mil veces ántes la muerte, se decia, paseándose agitado por la estancia.

¿Qué es el descubrimiento del Nuevo Mundo?

¿Qué es la conquista de Santo Domingo y Santiago de Cuba, comparada con la del imperio Mexicano?

Allí las fuerzas españolas luchaban con hordas salvajes, sin disciplina, sin ejército, sin costumbres, sin civilizacion: nada más fácil que vencerlas.

Aquí hemos hallado una nacion poderosa, convenientemente civilizada, con ejércitos aguerridos y perfectamente disciplinados. Nuestro valor y el auxilio de la Providencia, sin hacer ostentacion de fuerza, nos ha otorgado el dominio de este próspero imperio.

Si es preciso luchar, si es preciso dar á los mexicanos el espectáculo de un combate fratricida, se lo daremos: todo, ántes que renunciar á la gloria alcanzada.

Así, pues, aceptando la complicacion en que le ponian la llegada de los navíos enviados por Velazquez, estaba resuelto á no abandonar por completo la ciudad de México, dejando en ella al partir á alguno de sus capitanes.

No hallaba partido en que no se le presentase algun inconveniente.

Buscar á Narvaez en la campaña con fuerzas tan desiguales, era temeridad, particularmente cuando se hallaba obligado á dejar en México parte de su gente para cubrir el cuartel; defender el tesoro adquirido, y conservar aquel género de guardia en que se dejaba estar Moctezuma.

Esperar á su enemigo en la ciudad, era excitar á la sedicion á los mexicanos, darles ocasion para que se armasen con pretexto de la propia defensa, y tener otro peligro á las espaldas, introducir pláticas de paz con Narvaez y solicitar la union de aquellas fuerzas, siendo lo más conveniente, le pareció lo más dificultoso, por conocer la dureza de su condicion y no hallar

camino de reducirse, aunque se rindiese á rogarle con su amistad, á que no se determinaba por ser el ruego poco feliz con los porfiados y en proporciones de paz desairado medianero.

Poníasele delante la perdicion total de su conquista, el malogro de aquellos grandes principios, la causa de la religion desatendida, el servicio del rey atropellado; y era su mayor congoja el hallarse obligado á fingir seguridad y desahogo, trayendo en el rostro la quietud y dejando en el pecho la tempestad.

Su atrevido pensamiento le impulsó hasta á pedir auxilio á Moctezuma para destruir el nuevo enemigo que le salia al encuentro.

Despues de una noche de insomnio, de una noche de fiebre, una sorpresa inesperada fortaleció las resoluciones que habia tomado.

Muy temprano llegó á su habitacion un mensaje de Sandoval con un pliego urgentísimo de aquel, en el que le comunicaba noticias importantes.

—Poco despues de recibir este pliegó, le decia Sandoval, llegará á vuestra presencia un clérigo, acompañado de algunos españoles de los que han llegado con Pánfilo de Narvaez á San Juan de Ulúa, los cuales he creido de mi deber aprisionar y conducirlos á vuestra presencia, para que os informéis ampliamente de los proyectos del jefe de la escuadra.

Sandoval habia tomado una determinacion que podia agravar la situacion de los españoles en México.

De cualquiera manera, abrevió el desenlace de la cuestion. Aquel mismo dia llegaron á la ciudad de México, conducidos por indios de carga, y custodiados por varios soldados españoles al mando de Pedro de Solís, las personas que en la carta habia anunciado Sandoval á Hernan Cortés.

Pero ántes de referir el efecto que su conversacion con aquellos hombres produjo en el caudillo de los españoles, conviene á nuestro intento dar noticia del viaje de la escuadra que man-

daba Pánfilo de Narvaez, y de los sucesos que tuvieron lugar desde su arribo al puerto de San Juan de Ulúa, hasta que Sandoval envió á su jefe los emisarios que se acercaron á hablarle en nombre de Pánfilo de Narvaez.

CAPITULO LXV.

Un embajador poco diplomático.



DEJEMOS á Pánfilo de Narvaez encargado por Diego de Velazquez de apoderarse de Hernan Cortés.

Blanca se habia vengado con la mayor generosidad del hombre que despues de inspirarle un amor vehementísimo, le habia confiado que no podia amarla.

Pánfilo de Narvaez abandonó las costas de Cuba resuelto á cumplir sus deberes como militar, y al mismo tiempo la promesa que habia hecho á la esposa de Hernan Cortés.

Diego de Velazquez incitaba al jefe de la escuadra, con palabras corteses, que procurase prender á Hernan Cortés y se lo remitiese con buena guardia para que recibiese el castigo que merecia; que hiciese lo mismo con la gente principal que le seguia si no se doblegaba á dejar su partido, y que tomase posesion en su nombre de todo lo conquistado.

—«Tuvieron aviso de esta resolucion, dice Solís, los religiosos de San Jerónimo, que presidian la real audiencia de Santo Domingo con suprema jurisdiccion sobre las otras islas, y previendo los inconvenientes que podian resultar de tan ruidosa competencia, enviaron al licenciado Lúcas Velazquez de Ayllon, juez de la misma real audiencia, para que procurase poner en razon á Diego de Velazquez.

«No bastando los medios suaves, le ordenó que le intimase las instrucciones que llevaba, mandándole con graves penas que